

Sobre el Derecho de Asilo

Secuencia de polvo y mar

Mamá, me duelen los pies –dice Alin mientras mira sus zapatos polvorientos. Hace apenas unas horas que han salido de su casa con unos pocos enseres y lo puesto. Caminan atravesando la noche con miedo pero con firmeza.

Padre va delante con Aamaal, que al oír la queja de su hermano se da la vuelta para subirlo en hombros. A sus veinte años siente que se ha vuelto vieja de repente, pero no tiene tiempo de pensar en un mal final. Familia, supervivencia, una meta que permite escapar al caos.

Para madre es demasiada carga su propio silencio. Quizá nunca vuelvan a su hogar pero no puede mirar atrás, las bombas revientan cada vez más cerca.

Su hermana, que partió hace unos meses, le ha contado que si consiguen embarcar, mantenerse a flote, alcanzar la costa, tendrán la oportunidad de comenzar una nueva vida. Debe hacerlo por sus hijos, no puede más con la angustia de pensar que a ellos o a su marido les pase algo que no tenga remedio. El infierno está en su puerta y no dejará que le quemé.

Al alba de no sé sabe cuántos días llegan a esa lancha abarrotada. El cansancio les puede tanto, que ya no les importa un naufragio. El agua les rodea, aunque todos tienen sed. El aire respirado es sudor y escalofrío.

Padre les abraza con la cabeza gacha cobijándoles en la mezcla de derrota y esperanza. El neumático de la lancha se resiente, demasiado peso.

Hay un revuelo de gaviotas un poco más lejos. Aquí, justo a tiempo, un barco de salvamento marítimo.

El Regreso

La sensación de vértigo invade mi estómago en el momento que vuelvo a pisar mi pueblo. Estoy frente a la casa familiar después de tanto tiempo, el transcurrido me escuece y el presente se escapa con brutal rapidez. La robusta piedra de la fachada está descolorida y sucia. El balcón y las ventanas lucen su esquelético abandono. Allá en mi niñez vestían con el rojo de los claveles, los pensamientos morados, el verde de la menta y los vigorosos geranios. Un abecedario de color que hacía honor a su valle.

Trago saliva antes de introducirme en la penumbra de la estancia que un día fue mi hogar, ahora el frío se apodera del flan en el que se ha convertido mi corazón, porque su coraza ha claudicado ante la evidencia.

Tendré que seguir de inmediato con mi plan, llamo a Elisa para que me envíe a Manuela. Querida y fiel Elisa, de no ser por su presencia en aquella época seguro que hubiera enloquecido. Ella es mi cómplice para convencer a Manuela de que venga a ayudarme a poner en marcha esta casa. Seguro que para convencerla me ha presentado como la célebre escritora que regresa a cobijarse al calor de sus raíces y sus gentes porque no tiene a nadie y está “sola”.

Mientras la espero no puedo evitar acordarme cuando era chiguita cantando fervorosa el rosario por las calles en las fiestas. Juan danzando en la procesión con sus quince años recién cumplidos y mis trece pedaleando sin tregua hacia la meta de sus brazos.

Se asoma a mi paladar el cocido de caparrones que preparaba la yaya sobre la cocina de leña y que aún se conserva en esta casa.

Me parece escuchar las explicaciones de Pedro, el maestro, sobre la vida de San Millán, sorprendente para mi mente infantil, cómo se forjó la vida de este santo. Dejar el pastoreo y retirarse a los riscos de Bilibio para hacerse discípulo del ermitaño Felices. Me parecía extraño, raro, que después se hiciera anacoreta durante cuarenta años en los montes Distercios. Precisamente anacoreta fue la palabra más coreada ese curso, aún después de saber su significado algunos chicos la utilizaban en el patio para burlarse de los compañeros más introvertidos.

Salí de aquí con veinte años dejando la carne de la desesperanza al cobijo de otros. Mi padre no dejó lugar para la deshonra y recién parido el fruto lo donó a una pareja del pueblo. Ella simuló un falso embarazo para que nadie se enterara del complot que acordaron. El peso del estigma sobre mis hombros aumentaba con el crecimiento de mi vientre, enclaustrada entre estos muros hasta despachar el pecado. Precisamente Elisa, la única que conocía el secreto, era la que me reconfortaba con sus visitas y me proveía de las lecturas que acompañaron mi cautiverio.

A mí me entregó a la hospitalidad de mis tíos, bien lejos y con un océano de por medio. Ya sé que ahora con veinte años eres dueño de tus actos pero hace cuarenta y cinco era muy distinto.

Tanto me convencieron y aislaron en la culpa que no he querido saber nada, mejor ignorar que doler. Ignoré las cartas que mandaba Elisa aunque las guardé, como el que barre debajo de la alfombra. Las pelusas, como la amargura están ahí pero no se ven.

La vida tiene sus piruetas y a mí me han vapuleado de varias maneras, hacia la gloria en ocasiones y hacia la ausencia casi siempre.

La acogida de mis tíos ayudó a arrojar el lastre impuesto. Me dieron la posibilidad de estudiar allí, en Buenos Aires. Mi círculo se fue aclarando conociendo las nuevas costumbres y las nuevas amistades.

Mi primer poemario alcanzó un gran éxito y no he parado de trabajar hasta la noticia del mieloma, el mío. El triple salto mortal que me impulsó a abrir las cartas y sacudir la alfombra.

Por eso sé que Manuela es la mujer que no me espera y que ignora quién soy. Por eso la he escogido con la complicidad de Elisa, para conocernos, para romper el maleficio.

Se reseca mi boca y busco con desasosiego la vieja canilla de la cocina, los años no parece que hayan pasado dentro de estas paredes.

Berceo mi cuna y sepulcro. Reconozco haberte relegado en mi exilio, hoy vengo a entregarme con mi cuerpo, con mi alma, con lo que fui y lo que soy para no volver a abandonarte.

La recta final se acerca y solo quiero engancharme a esta tierra y fundirme en ella, subir una vez más a la cueva del santo, respirar la fragancia del brezo y el tomillo y si es posible pronunciar mi último poema en la palabra: Hija.